

Terminó su gestión el general Garza Ayala con la simpatía y el cariño del pueblo por su entrega limpia, dejando la impresión de que hizo lo más que podía hacer cualquier funcionario dinámico, honesto y patriota.

El cuatro de octubre de 1889 devolvía el bastón de mando al general Bernardo Reyes, que regresaba en carácter de Gobernador Constitucional electo popularmente. Permanecería en el puesto hasta 1909, año en que se iniciaba la inquietud política que desembocaría en la Revolución de 1910, encabezada por don Francisco I. Madero.

CUARTA ETAPA

En realidad esta relación es complementaria de la anterior. Merece destacarse por el contenido de todo orden respecto a Nuevo León y particularmente a Monterrey.

Entraba Nuevo León a una etapa trascendental. Había pasado un período de pesadilla. El general Díaz, reelecto y vuelto a recibir el poder, había logrado conquistar de manera firme la ansiada paz. Pesaba sobre el país un cansancio indescriptible, la paz constituía la máxima ambición. Quedaban los principios bases de las revoluciones en segundo término. La no reelección sonaba a cascabel roto. Paz, trabajo, bienestar valían más que cuanto principio había alimentado el espíritu anhelante de libertad.

No fue para el general Díaz cosa fácil llegar a esta situación. Tuvo como aliados el hastío del pueblo, su experiencia revolucionaria y el conocimiento personal de los caudillos, que como él, habían peleado por los mismos ideales.

Con tales elementos se dedicó a tratar los problemas de cada entidad de acuerdo con las circunstancias. En algunos casos acercando a su gobierno a quienes ansiaban figurar; en otros enviándolos como Embajadores a Europa, a Sur América. Y cuando había mayores complicaciones, como en el caso de Nuevo León, aprovechando la coyuntura más adecuada.

No existía un caso semejante contra la paz. Media docena de caudillos prestigiados, valientes y aguerridos —Escobedo, Treviño, Naranjo, Martínez, Garza Ayala— podían, en cualquier momento, alterar el orden. Con pleno conocimiento de causa era necesario principiar porque entre sí hubiese algún distanciamiento.

Creada esa situación, envió al general Reyes, persona de su confianza y capacitada para el desempeño de una comisión tan delicada.

Posiblemente el mismo general Reyes no pensó en la posibilidad de que su comisión llegara a significar la vinculación estrecha de su vida con la de los nuevoleonenses.

En tal forma penetró en el alma regiomontana, que para él lo más importante radicaba en que su entrega al servicio del Estado, desafiando los rigores de una hacienda pobre, tan pobre así que necesitó gestionar se le siguiera pasando el sueldo de general para poder subsistir.

Pero no le arredraba ni la escasez de elementos pecuniarios, ni el abrumador trabajo que desarrollaba. Su obsesión era la de convertir al Estado en industrial, convencido de que la agricultura y la ganadería y la minería no serían capaces de producir lo necesario para una administración decorosa, mucho menos para hacer frente a un incremento de la población de manera de subsistir en condiciones aceptables.

Contaba, así lo expresaba él, con la materia prima, el hombre de la región, leal, trabajador y audaz.

Nadie que significase algo en la acción constructiva le era indiferente. Procuraba tratar de cerca a todos, descubrir sus alcances y saber así cómo y qué ayuda debía proporcionarle. Para todos había estímulos además de los establecidos legalmente. Ello le daba la oportunidad de conocer a fondo la conducta de los individuos y, cuando las circunstancias lo reclamaban, intervenir para fomentar las buenas inclinaciones o para corregir las que lo merecían.

Por supuesto que en no pocas ocasiones, de mutuo propio o por petición de parte, intervenía como amigable mediador en diferencias o distanciamientos surgidos en cuestión de negocios.

Se trataba en fin de un hombre inteligente, capacitado en la universidad de la vida, amante del estudio y sobre todo honesto consigo mismo, que no podía engañarse ni engañar a los demás.

Se disponía de estos recursos humanos en un ambiente preñado de buenas intenciones. Se había encendido la luz del entendimiento, estaba todo dispuesto para avanzar y el director, lleno del entusiasmo y de la fe que da el propio valimiento, emprende la jornada que ha de prolongarse por largos años.

Las puertas permanecen abiertas para recibir sin excepción de nacionalidad, a quienes deseen invertir, con tal de que sean personas honestas.

Se establece la corriente fertilizante, como las aguas del río que empapa las tierras promisoras.

Llegan mexicanos, españoles, alemanes, norteamericanos, franceses, árabes, chinos... que prosperan en su mayoría, y andando el tiempo dejan aquí su fortuna, su enseñanza, sus cuerpos y sus familias, que a su vez se

multiplican aumentando en progresión geométrica el número de los mexicanos.

De aquellos apellidos que llegaron siendo extranjeros ahora son mexicanos: Hernández, Prieto, Rivero, Berardi, Belden, Armendaiz, Maiz, Mendi-richaga, Milmo, Schnaider, Schmid, Buchard, Bremer, Cram, Langstroth, Hass, Robertson, Strozzi, Ferriño, Ferrara, Brandi, Price. A principios de este siglo llegaron algunos árabes. Descendientes de ellos pasan revista de mexicanos distinguidos entre otros: comerciantes, industriales y profesionales. Se entrelazan los apellidos: Marcos, Ganem, Canavati, Nader.

Después se agregan los Saide, Giacomani.

Van surgiendo las industrias a partir de 1880, sienten que en forma modesta; pero en señal inequívoca del paso de la artesanía a la maquinaria.

Sucesivamente salen al mercado nacional, muebles de buena apariencia y magnífico acabado, salas, recámaras, comedores. Las fábricas de calzado se multiplican, así como las de talabartería, y curtiduría, convirtiéndose Monterrey en proveedor de numerosos artículos de cuero, entre los que se cuentan los velices y las sillas de montar.

Se distingue también la fábrica de ladrillo, que habría de proporcionar su producto para la pavimentación de las principales calles de la ciudad, con resultados notables.

Buen impacto hicieron las fábricas de aguas gaseosas y las de cigarrillos de hoja de maíz, además de las de dulces de tipo moderno, a las que se agregaban las panaderías higiénicas.

No menos importancia adquirieron las fábricas de artículos de hojalata y lámina, que variaban desde tinas hasta petacas y baúles. Y ya que hablamos de láminas ocurre pensar sobre la instalación, en la última década del siglo pasado, de más de cuatro fundiciones de hierro. ¿A que obedecía este fenómeno?

Diversas son las causas. Una de ellas radica en las disposiciones dictadas por el gobierno norteamericano en la materia, que dificultaba el comercio de lámina. Sin concederle a este hecho gran categoría vale considerar como más viable que se debiera a dos causas concomitantes: las facilidades dadas por las autoridades a los inversionistas, y lo para mí fundamental, la abundancia de agua con que se contaba en Monterrey, pues bien sabido es que las fundiciones por su propia naturaleza, necesitan de mucha agua.

Antes de finalizar el siglo pasado se inicia la gran industria. Es en 1891 la Cervecería la que pone la muestra. Principia con un capital moderado; pero muy pronto lo aumenta a dos millones de pesos, que equivalía a diez tantos del capital inicial.

Siguen varias fundiciones que llegan a la cumbre al finalizar el siglo

con la constitución de la Fundición de Fierro y Acero de Monterrey, con el enorme capital para esa época de 10 millones de pesos.

Pilares ambos que constituyeron el sostén principal de la verdadera industrialización de Monterrey. Fueron los imanes que trajeron a Monterrey inversionistas, técnicos y hombres dispuestos a trabajar.

Terminaba el siglo XIX dejando la estampa de un Monterrey, que si apenas había rebasado los 70 mil habitantes, mostraba una extraordinaria pujanza.

Con la industria había florecido el comercio afianzando su posición en la primera línea del noreste del país. Su situación geográfica le daba gran ventaja sobre las demás poblaciones importantes de la región.

Los ferrocarriles de Laredo a México, a Tampico, a Matamoros y a Torreón eran arterias vitales para el intercambio de mercancías para la introducción de materias primas y para la exportación de productos elaborados. La alborada descubría un porvenir promisorio.

Y si comercio e industria se complementan en cierto radio, no sería la unión completa sin la cooperación de las finanzas. No podemos hablar todavía del poder de las instituciones financieras, sino más adelante, cuando la importancia económica de las empresas lo reclamaba. Por ahora cabe anotar la existencia de tres Bancos: Milmo, Nuevo León y Mercantil de Monterrey, que con excepción del primero, siguen operando con ramificaciones que los colocan en carácter de nacionales.

Se suceden los primeros años del siglo actual. El nombre de Monterrey va cobrando prestigio como centro industrial. Participa en exposiciones nacionales, en Norteamérica y en Europa. Obtienen sus productos medallas de oro, pergaminos honrosos y estímulos preciados. Camina de prisa a la consagración.

Debe subrayarse en justicia que unido al nombre de Monterrey iba el del general Bernardo Reyes. Su vinculación a Nuevo León era en forma total. No existían reservas, la entrega en las faenas sociales y económicas, era igual en cuanto se refería a la educación, a las garantías individuales y a la integridad del Estado.

Puede citarse a este particular su empeño decidido y logrado en fijar de manera precisa los límites con Tamaulipas y Coahuila, causas de largas y enojosas controversias. En tratándose de Coahuila logró, mediante determinadas concesiones limítrofes que se le reconociera a Nuevo León el título de fronterizo merced al agregado de una franja de terreno colindante con el río Bravo, que se bautizó con el nombre de Congregación de Colombia.

Los documentos que obran en los informes del general Reyes de los años de 1891 a 1895, constituyen una clara manifestación de su apego a lo

nuestro. Son testimonios de lealtad y de amor al terruño por él escogido como propio.

El licenciado Santiago Roel escribió una magnífica obra titulada: *Nuevo León.—Apuntes históricos*. Apegado a la verdad, sin que fuese obstáculo que hubiese actuado en forma brillante en la política en contra del general Reyes, al hablar de él, expresó:

“El general Reyes fue durante toda su vida un hombre activo y progresista. Favoreció a su labor gubernativa el largo período de paz y tranquilidad que se inició al llegar el general Díaz a la Presidencia de la República. Todos los problemas de importancia fueron resolviéndose paulatinamente y la Nación entró en senda de progreso que jamás antes había conocido. El sistema autoritario que, por otra parte, el general Reyes impuso en su administración, acostumbrado como estaba al mando militar, le allanó también numerosos obstáculos. Así es que pudo dedicarse de lleno a las labores reconstructivas que el Estado, y principalmente su capital, merecían por la dedicación de todos sus hijos al trabajo. Fue secundado con entusiasmo en aquella obra por los elementos del garzayalismo y, en general, por todas las clases sociales, y aún por muchos destacados corifeos del genarismo, quienes aceptaron la situación ya creada y comenzaron a servir en aquella administración.”

Cumplida declaración de una persona que en su juventud y ya como abogado, en unión de otros compañeros hizo por medio de la prensa abierta oposición al general Reyes. Se destaca la grandeza del gobernante y la nobleza del adversario.

Los primeros años del siglo pasaban entre animoso ajeteo y vigoroso progreso. Al trabajo que ennoblece se agregaban las representaciones teatrales continuas: drama, comedia, opereta, ópera, circo... Una compañía se iba y otra llegaba. Los éxitos sucedían en el ambiente artístico y en el económico.

A tiempo que se daba impulso a la educación pública mediante disposiciones certeras del general Reyes, que alentaban las inscripciones al Colegio Civil en las Normales, y en las Escuelas de Leyes y de Medicina, en la Primaria dedicaba la atención más acuciosa, al grado de establecer sanciones a los padres de familia que no enviaran a los niños en edad escolar a las escuelas. En esa época nacieron los jardines de niños.

Como complemento de este resurgimiento del arte y de la educación, se formaron en los barrios de la ciudad estudiantinas, que fueron algo así como el desbordamiento de las tertulias familiares. Daban serenatas y tocaban en fiestas populares.

En cuanto a la industria siguió incrementándose sobre todo en lo tocante a talleres de herrería y cerrajería al contar con la materia prima abundante de las fundiciones. Aumentó mucho la producción de muebles. Figuraban en forma de grandes industrias las fábricas “La Mexicana”, “Salinas y Rocha”, “La Malinche” y “El Ancora” que ocupaban varios centenares de obreros.

Llegó el ambiente industrial al grado de hacer pensar al general Reyes en la necesidad de dictar disposiciones protectoras de los trabajadores. Su idea, aceptada por algunas prominentes personas, se discutía por otras en forma negativa, aduciendo como razón fundamental que se podía dar lugar a que algunos inversionistas se desanimaran.

Venciendo oposiciones se realizó el proyecto del general Reyes, promulgándose en 1906 la Ley sobre Accidentes del Trabajo, la primera disposición legal en la materia que se conoció en México. El humanismo del general Reyes triunfaba.

Con signos satisfactorios pasaban los años menos de los que fueran de desearse, pues en 1909 se hizo sentir, con cierta fuerza, el movimiento político. El año anterior, el presidente de la república, general Porfirio Díaz, declaraba al señor Creelman, periodista norteamericano, entre otros conceptos políticos, que el pueblo mexicano está capacitado para el ejercicio de la democracia.

Esas declaraciones hicieron el efecto de una sonora clarinada que repercutió en todo el país, surgiendo de inmediato las actividades políticas contenidas durante treinta años.

En julio de 1910 debían efectuarse las elecciones de Presidente de la República, de Senadores y Diputados al Congreso de la Unión.

Las corrientes de opinión iban desde el cambio del Vice-Presidente hasta el del mismo Presidente. Esas corrientes se personificaron, en el caso de la Presidencia, en la reelección del general Díaz, y en la designación del general Reyes.

Rápidamente la candidatura del general Reyes tomó tales proporciones que alarmó a los llamados “científicos” integrantes del círculo de amigos del general Díaz. Se trataba de los integrantes del gabinete y de los más altos funcionarios federales. Como contrarios a la personalidad política del general Reyes, al ver la entusiasta acogida que había despertado su candidatura maniobraron de inmediato para evitar se consolidara esa situación.

Cuando llegó el momento de las resoluciones, a pesar de la presión de los líderes reyistas y de gran parte del pueblo, al ofrecerse la candidatura al general Reyes la rechazó de plano. Pesó más en su conciencia la amistad y la lealtad al general Díaz, que el halago de sus partidarios.